

Un viento glacial y penetrante corria en el elevado punto en que Hernan Cortés dispuso que pernoctase la columna. Por fortuna abundaba la leña, y el fuego sirvió de consuelo al soldado.

Al rayar el crepúsculo de la mañana del 30 de Diciembre, las tropas, guardando el mismo orden que el día anterior, emprendieron la jornada.

A medida que los cuatro jinetes y cuatro infantes que iban de descubierta avanzaban, crecían los obstáculos y se hacía más espeso el bosque. En varias partes encontraron completamente cerrado el camino por gruesos pinos y cipreses, que indicaban haber sido cortados pocos días antes. Sin embargo, venciendo las dificultades, pasaban adelante, esperando que cada obstáculo que se presentaba sería el último. Con esta esperanza, que se desvanecía al tocar á poco la realidad de un desengaño, llegaron á un sitio aun mucho más obstruido, donde el bosque se presentaba impenetrable. La descubierta hizo alto, temiendo que detrás de los árboles se ocultasen algunos escuadrones enemigos. «Compañeros,—dijo uno de caballería—creo que no debemos pasar adelante: todo lo que encontramos nos indica que el enemigo nos espera en algún sitio ventajoso: nos hallamos donde los caballos no pueden moverse, y me parece que sería conveniente avisar de todo á Cortés. Esta es mi opinión; pero si quereis que continuemos, sigamos avanzando, que ofrecida tengo mi vida á la muerte, lo mismo que todos, hasta dar fin á la empresa» (1). La

(1) «No pasemos más adelante, si os parece que será bien, y volvamos á decir al capitán el estorbo que hallamos, y el peligro grande en que todos venimos por no nos poder aprovechar los caballos; y si no, vamos adelante; que

contestación fué seguir adelante, animados siempre de la esperanza del buen éxito. Sin embargo, viendo que las señales de hostilidad aumentaban, se detuvieron á esperar al ejército. Pronto llegó Hernan Cortés, que iba en la vanguardia, al sitio en que se hallaban, y ordenando á la retaguardia que acelerase el paso, continuó avanzando sin temor, aunque con las precauciones del experto general. Media hora después, las tropas salieron de los sombríos bosques de robustos pinos, y se encontraron en un sitio despejado, desde donde la vista dominaba el bello panorama que se extendía á los pies de las elevadas montañas.

El caudillo español y sus compañeros de armas quedaron gratamente sorprendidos ante el magnífico espectáculo que se presentó en aquellos instantes á sus ojos.

El majestuoso valle de Méjico, con sus brillantes lagos, sus pintorescas ciudades, sus magníficos jardines y sus ricas sementeras, se dejó ver con toda la belleza que encierra aquel delicioso paraíso de la América. Nuevo era para muchos de los españoles que acompañaban á Cortés aquel incomparable cuadro de la naturaleza, y no pudieron verle sin sentir esa emoción profunda de admiración, que siente el alma al contemplar las obras sublimes de la creación. Aun el mismo general castellano y sus antiguos veteranos, que lo conocían, miraban con placer intenso aquella deliciosa mansión de aves y de flores, rodeada de gigantescos montes, que como una falange de titanes la defienden, y donde á la orilla de los pintorescos lagos, se levantan grandes y populosas ciudades, acariciadas por las

ofrecida tengo mi vida á la muerte tan bien como todos, hasta dar fin á esta jornada.»—Tercera carta de Cortés.

tranquilas aguas que riza la perfumada brisa de los bosques y de las selvas (1). Sin embargo, el placer que el alma de Cortés y de sus antiguos compañeros gozaban al contemplar la belleza del indescriptible valle, iba mezclado de una tristeza profunda, originada por el recuerdo de las desgracias sufridas en aquellos mismos deliciosos sitios donde perecieron muchos de sus mas queridos amigos (2). La memoria del fin trágico de sus compañeros, despertó bien pronto un pensamiento unánime. El de morir combatiendo en el valle, ó dar feliz cima á la empresa. Con la vista fija en la comarca pintoresca, y contemplando la grandiosa ciudad de los emperadores aztecas, descansando suavemente en medio de las tranquilas aguas del lago, «prometieron solemnemente todos, dice Hernan Cortés en su tercera carta á Carlos V, no salir del valle sin victoria, ó dejar allí las vidas» (3). Plantear la cruz sobre los soberbios *teocallis* del sanguinario Huitzilopochtli ó morir en la demanda como soldados de la fé, era para los soldados españoles la mision sagrada que estaban llamados á llenar.

(1) «Y aun bajamos un poco abajo adonde se descubria la laguna de Méjico y sus grandes ciudades pobladas en el agua, y cuando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á dejar ver.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

(2) «Y aunque hobimos mucho placer en las ver, considerando el daño pasado que en ellas habíamos recibido, representósenos alguna tristeza por ello.» (Tercera carta de Cortés). Igual sentimiento causó en los soldados, como se ve por las siguientes palabras del veterano historiador: «Entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado.»

(3) «Y prometimos todos de nunca dellas salir sin victoria, ó dejar allí las vidas.»—Tercera carta de Cortés.

El oficial que llevaba el estandarte en que se ostentaba el signo de la redencion, lo tremoló hácia los cuatro vientos, desde la altura en que se hallaban, agrupándose á su derredor el corto ejército cristiano. La inscripcion de «*Sigamos la cruz con fé, que con ella venceremos*», que se leia en la bandera, estaba grabada en la mente de cada soldado, formando su mas firme creencia.

Tomada la determinacion de perecer en el valle ó de dar cima á la empresa acometida, continuaron la marcha como si fuesen á un dia de regocijo y fiesta (1).

Pocos momentos despues de haberse puesto en marcha, empezaron á verse en las cimas de diversos montes, inmensas fogatas, que despedian altas y gruesas columnas de humo, que se levantaban hasta irse á perder en las nubes. Eran las señales convenidas con que los mejicanos anunciaban que los españoles penetraban en el territorio del imperio, y que servian, á la vez, para llamar á las armas á los pueblos.

El ejército expedicionario se hallaba ya en el teatro de la guerra. El país entero se encontraba dispuesto á disputarle el paso. El caudillo castellano habló á sus soldados, diciéndoles que se portasen con el esfuerzo y valor que siempre habian mostrado; que no hiciesen daño ninguno á los que no se manifestasen hostiles, y que marchasen unidos, como si se hallasen al frente del enemigo (2).

(1) «Y con esta determinacion ibamos todos tan alegres como si fuéramos á cosa de mucho placer.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y yo torné á rogar y encomendar mucho á los españoles que hiciesen como siempre habian hecho y como se esperaba de sus personas, y que nadie no se desmandase, y que fuesen con mucho concierto y órden por su camino.»—Tercera carta de Cortés.

Las señales hechas por medio de las fogatas empezaron á dar su resultado. Varias partidas de guerreros empezaron á dejarse ver en algunas aldeas que se hallaban á los lados del fragoso camino que los españoles llevaban. Los gritos de guerra se escuchaban por todas partes, y las tropas castellanas, esperando encontrar á los contrarios en cada vuelta que presentaba el tortuoso sendero que llevaban, iban prevenidas para el combate. Habiendo pasado los desfiladeros sin que el enemigo les hubiese salido á disputar en los malos y obstruidos pasos, no dudaron que al descender á la llanura se hallarian con numerosos escuadrones. Con efecto, al bajar la escabrosa sierra, se descubrió una fuerza de guerreros mejicanos y de Texcoco, que se hallaba en una posicion ventajosa, dispuesta á la lucha. Se habian situado los aztecas y texcocanos al otro lado de una barranca bastante profunda, por donde corria con ímpetu el agua; un puente de madera, muy estrecho y medio destruido, era el único medio que habia para pasar. El punto era bastante fuerte; pero sea porque los escuadrones allí reunidos no formasen un número suficiente para presentar una batalla, ó bien porque fuese únicamente un cuerpo de observacion, es lo cierto que no parecia, segun la órden que guardaban, que estaban resueltos á oponer una resistencia vigorosa.

Hernan Cortés destacó quince jinetes y alguna infantería sobre los contrarios. La resistencia de los aztecas fué poca; y despues de dejar algunos muertos sobre el campo, se retiraron sin molestar á los españoles (1). Her-

(1) «Topamos con un buen escuadron de gente, guerreros de Méjico y de Tezcuco, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuzo donde es-

nan Cortés llegó poco despues á Coatepec, sin hallar obstáculo ninguno, y pernoctó con su ejército en la expresada poblacion, distante tres leguas de la ciudad de Texcoco. Los vecinos habian abandonado sus casas al aproximarse los castellanos, lo que indicaba hostilidad.

Los expedicionarios se hallaban ya, por decirlo así, en el corazon de los pueblos contrarios. La capital del reino de Acolhuacan era poderosa; y sus ejércitos, unidos á los del emperador de Méjico, podian presentarse de un momento á otro sobre el campamento español.

Hernan Cortés, que conocia el poder de las dos naciones unidas y el espíritu guerrero de sus hijos, tomó todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa; y al ser de noche, rondó personalmente el campamento, acompañado de diez jinetes (1). Ni el sueño, ni la fatiga rendian el espíritu ni el cuerpo de aquel hombre, que parecia de distinta naturaleza que los demás.

La noche se pasó con la vigilancia que exigia la prudencia, pero sin que hubiese ocurrido la más leve novedad.

Al primer albor del siguiente dia 31 de Diciembre, el ejército se puso en marcha hácia la importante ciudad

taba una puente como quebrada, de madera, algo honda, y corria un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy á nuestro salvo.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(1) «E aquella noche tuvimos pensamiento que, como esta ciudad y su provincia, que se dice Aculuacan, es muy grande y de tanta gente, que se puede bien creer que habia en ella á la sazón mas de ciento y cincuenta mil hombres, que quisieran dar sobre nosotros; é yo, con diez de caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estuviese muy apercebida.»—Tercera carta de Cortés.

de Texcoco, capital del reino de Acolhuacan, la Atenas del Anáhuac en tiempo de Nezahualcoyotl.

El caudillo español caminaba preocupado con la idea de si seria recibido benévolaente por el jefe de la nacion, ó si se encontraria con ejércitos esperándole para el combate.

Ignoraba el nombre del gobernante que habia ocupado el trono de que fué despojado Cacamatzin por Moctezuma, á consecuencia de una conspiracion contra los españoles, y que dió á su hermano Cuicuitzca. Este último habia sido tambien reducido á prision poco despues, como lo dice Hernan Cortés en su segunda carta, sin que la historia explique su causa, y vivió en los cuarteles españoles (1). Aunque salió en la Noche Triste en compañía de los personajes aztecas que iban presos, y se dice en la expresada carta del general español, «que todos perecieron»; en la tercera rectifica la noticia, haciendo la excepcion de él y de otro hermano suyo (2). Cuicuitzca llegó á Tlaxcala con los españoles. Como no se ejercia con él gran vigilancia, logró escaparse fácilmente y se dirigió á Texcoco (3). Tal vez se lisonjeaba Hernan Cortés de encontrarle gobernando su pueblo, y se prometia atraerle fácilmente á su partido.

(1) «Salí lo mas secreto que pude, sacando conmigo... á Cacamacin, señor de Acuhua, y al otro su hermano que yo habia puesto en su lugar.»—Segunda carta de Cortés.

(2) «En la otra relación... dije á V. M.... como á todos los habian muerto los enemigos... excepto á los dos hermanos del dicho Cacamacin, que por gran ventura se pudieron escapar.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Yo llegué á la provincia de Tascaltecal, teniéndole en son de preso, se soltó y se volvió á la dicha ciudad de Tesaico.»—Tercera carta de Cortés.

El general castellano, fluctuando entre temores y esperanzas, pero casi persuadido de encontrar de guerra al monarca de Texcoco, caminaba con las precauciones necesarias. Media hora llevaria el ejército de haber salido de Coatepec, cuando se dejaron ver en el camino cuatro nobles texcocanos, con una banderita de oro colocada en una vara. Era una señal de que anhelaban la paz. El caudillo español experimentó un placer profundo ante la demostracion pacífica de los habitantes. «Tenia poca gente, y sin esperanza de socorro, dice él mismo, y se hallaba metido en medio de las numerosas fuerzas del reino» (1). Contento de encontrar favorable á la fortuna, mandó hacer alto á su tropa, y él se adelantó con algunos capitanes y los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, á conferenciar con los nobles texcocanos. Uno de los personajes indios era conocido de Cortés. Despues de los saludos de costumbre, tomó la palabra el que hacia cabeza entre ellos, exponiendo brevemente el objeto de la entrevista. Dijo que eran enviados por el señor de Texcoco, llamado Coanaco, el cual le suplicaba que no permitiese hacer daño á ninguno de sus vasallos por las pasadas hostilidades, puesto que no habian sido ejecutadas por los texcocanos, sino por los vasallos del emperador de Méjico. Añadió, que lejos de ser su señor enemigo de los españoles, esperaba la llegada de ellos á la ciudad para jurar fidelidad al rey de España, declarándose su vasallo. El enviado terminó rogando á Cor-

(1) «Por ello daban á entender que venian de paz; lo cual Dios sabe cuánto deseábamos y cuánto la habiamos menester, por ser tan pocos y tan apartados de cualquier socorro, y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos.» Tercera carta de Cortés.